

«ese momento se acerca, atendida mi edad avanzada, la larga du-  
«racion y la grandeza de mis sufrimientos, harto superiores á mi  
«debilidad, me advierten que llene de antemano mis deberes,  
«puesto que puede fácilmente suceder que la naturaleza de mi úl-  
«tima enfermedad me impida cumplirlos en la hora de la muerte.  
«Por lo tanto, creyéndome á punto de comparecer ante el tribu-  
«nal de la verdad y justicia infalibles, que es el solo tribunal de  
«Dios, después de una larga y madura reflexion, y de haber ro-  
«gado humildemente á mi misericordiosísimo Redentor y terrible  
«Juez que no permita que me deje arrastrar por la pasion, espe-  
«cialmente en uno de los últimos actos de mi existencia, ni por  
«ningun resentimiento, ni por otro afecto ó fin vicioso, sino so-  
«lamente porque creo que es mi deber ofrecer un testimonio á la  
«verdad y á la inocencia, hago las dos protestas y declaraciones  
«siguientes:

«Primeramente: Declaro y protesto que la extinguida Compañía de Jesús no ha dado motivo alguno para su supresion; y lo declaro y protesto con esa certeza que puede tener moralmente un superior que está bien enterado de lo que pasa en su Orden.

«En segundo lugar: Declaro y protesto que no he dado ningun motivo, ni aun el mas leve, para mi prision, y lo declaro y protesto con esa certeza y evidencia que tiene cada cual de sus propias acciones. Hago esta segunda protesta únicamente porque es necesaria á la reputacion de la extinguida Compañía de Jesús, cuyo superior general era.

«Por lo demás, no pretendo que en consecuencia de estas mis protestas se pueda juzgar culpable delante de Dios á ninguno de los que han perjudicado á la Compañía ó á mí, como asimismo me abstengo de semejante juicio. Solo Dios conoce los pensamientos del hombre; únicamente él ve los errores del entendimiento humano, y sabe si son tales que disculpen el pecado; solo él penetra los motivos que hacen obrar, el espíritu con que se obra, los afectos y movimientos del corazón que acompañan el acto; y puesto que la inocencia ó la malicia de una accion externa depende de todo eso, dejo que los juzgue aquel que interrogará las obras y sondeará los pensamientos.

«Y para cumplir con los deberes de cristiano, protesto que con el auxilio de Dios he perdonado siempre y perdono sinceramente á todos los que me han atormentado y afligido; primeramen-

«te por todos los males que se han causado á la Compañía de Jesús, y por el rigor con que se ha tratado á los religiosos que la componian; en seguida, por la extincion de esta misma Compañía y por las circunstancias que han acompañado dicha extincion, y en fin, por mi encierro y por la dureza con que se me ha tratado, y por lo que esto haya perjudicado á mi reputacion; hechos que son públicos y notorios en todo el universo. Ruego al Señor que por su pura bondad y misericordia y por los méritos de Jesucristo perdone primero mis numerosos pecados, y luego que perdone á todos los autores y á los que han cooperado á dichos males é injusticias; y quiero morir con este sentimiento y esta plegaria en el corazón.

«Finalmente, ruego y conjuro á todos los que vean estas mis declaraciones y protestas, que las den toda la publicidad que puedan; y lo ruego y conjuro por todos los títulos de humanidad, justicia y caridad cristiana que puedan inclinar á cada uno á que cumpla ese mi deseo y voluntad. — De mi propia mano. —

«LORENZO RICCI.»

El General de los Jesuitas leia en su calabozo este testamento de dolor, inocencia y caridad el 19 de noviembre de 1775, y espiró cinco dias después. El Papa no habia podido aun manifestar su respeto á este anciano abriéndole las puertas del castillo de San Angelo; pero quiso al menos dar un testimonio de su pesar y de su equidad en la magnificencia de sus exequias, las cuales fueron en la idea de Pio VI una prueba de sus sentimientos respecto á los Jesuitas, y un solemne aunque imperfecto desagravio. El cuerpo de Ricci fue llevado por orden del soberano Pontífice á la iglesia del Gesu, y sepultado con los jefes que le habian precedido en la Compañía.

Mientras que la muerte arrebatava en el intervalo de algunos meses á Lorenzo Ganganelli y Lorenzo Ricci, el Papa que destruia la Orden de Jesús, y el último jefe de esta Orden; el breve de extincion atravesaba los mares, y llevaba el luto y la desesperacion al seno de los nuevos establecimientos cristianos. Los PP. Castiglione y Goggiels, herederos de la sabia generacion de los Verbiest, Parrenin y Gaubil, habian escapado á esta última desgracia. José Castiglione espiraba á la edad de setenta años colmado de testimonios del afecto imperial, y ¡favor inaudito! este Jesuita vió al mismo Emperador componer y escribir su elogio, que el Príncipe

le dirigia acompañado de ricos presentes. Goggiels, aunque menos honrado, fue mas útil á los chinos. Antes de morir hizo construir una especie de cuadrante que simplificaba las observaciones astronómicas. En 1773 partian de Europa dos Padres jóvenes para reemplazarlos, y al propio tiempo llegaban otros cinco al Tong-King. En el mes de noviembre de aquel mismo año un buque francés desembarcaba en la playa de Canton cuatro Jesuitas, el uno pintor, el otro médico, y los dos restantes matemáticos... Cuando estaban para salir de Paris el arzobispo Cristóbal de Beaumont les anunció el golpe que iba á descargár sobre la Compañía; pero no creyendo que aquellos temores, aunque fundados, fuesen suficiente motivo para infringir la orden de su General, se pusieron en camino, á fin de glorificar hasta al extremo la obediencia voluntaria. Aquellos Jesuitas eran extranjeros en Francia; pero el Gobierno de Luis XV, previendo ya el reproche que tenia derecho de dirigirle la Europa sabia, procuraba por todos los medios posibles proporcionar dignos correspondientes en Asia á las ciencias y á las letras. Habia proscrito á los Jesuitas; hacia nueve años que reclamaba su extincion de la Santa Sede, y por una inconsecuencia, cuando menos singular, honraba á aquellos misioneros encargándose de transportarlos á expensas suyas á la China. Los dependientes del rey de Portugal se ofrecian en Canton á presentarles al Jefe del Celeste imperio. Llegan al puerto cuatro buques imperiales para llevar los Jesuitas á la corte; mas en aquel instante el obispo de Macao les notifica el breve de extincion. Aquel prelado era hechura de Pombal: unióse á la calumnia una compasion irrisoria. En la alternativa en que les ponía el decreto del Papa que extinguía la Compañía de Jesús, y el llamamiento del emperador de la China que les abría sus estados, los Jesuitas titubearon. Cristóbal de Murr nos ha conservado en su *Diario* pruebas auténticas de su indecision. Un misionero natural del Tirol escribia:

«Después de tres dias pasados en angustias y lágrimas, no sabemos aun qué resolucion tomar entre tantos inconvenientes contradictorios. Por una parte el Emperador nos mandaba que fuésemos á Pekin, y rehusar una gracia imperial es en la China un crimen de lesa majestad; por otra parte, el breve del soberano Pontífice nos prohibia entrar allí como religiosos, y se hu-

Tomo IV, pág. 231, y siguientes.

«biera condenado en Europa la menor demora en el cumplimiento de sus órdenes. Tomamos por fin la resolucion de morir antes que manchar la Compañía desobedeciendo al Papa en tan críticas circunstancias. Permitidme que os recuerde aquí la calumnia propalada hace tanto tiempo, de que los Jesuitas se hacen abrir las puertas de la China mas bien para hacerse mandarines que para predicar en ella como apóstoles. Nosotros, los últimos de ellos, estábamos designados para gobernar luego que llegásemos á Pekin; pero no nos era posible predicar al mismo tiempo el Evangelio, y preferimos volver á Europa.»

Aquellos cuatro Jesuitas obedecian en la otra parte de los mares con el respeto que manifestaron sus hermanos de Europa; pero su obediencia comprometia delante del emperador de la China al obispo y al gobernador de Macao. Estos piensan desembarazarse de los Jesuitas enviándolos á Pombal, quien tenía siempre para ellos cadenas y sufrimientos; pero los chinos fueron mas humanos que aquellos católicos: alcanzaron la libertad de los cuatro misioneros, y los dejaron en la isla de Vam-Lu. «No tuvimos mas que una noche, añade la carta ya citada del Jesuita tirolés, para aprovecharnos de un último recurso, y este era la generosidad de algunos capitanes de buques franceses que se hacian á la vela para Europa. Mostráronse sensibles á nuestros ruegos, y no quisieron dejarnos abandonados, sin ningun auxilio humano en el fondo de las Indias: ¡Qué no tenga palabras bastante elocuentes para alabar dignamente la nacion francesa! Ella se ha atraído la eterna gratitud de cuatro pobres misioneros, á los cuales libró de la mas profunda miseria por el mayor de los beneficios. Distribuidos en cuatro embareaciones, comenzamos un destierro de tres meses sobre el mar, y nuestros ojos que permanecieron enjutos al dejar la Europa, derramaron lágrimas amargas al dar nuestro último adios á aquellas playas, donde habíamos creído encontrar una segunda patria.»

La historia de esos cuatro Jesuitas, recogida por un protestante, es la de todos sus hermanos en el apostolado. La misma queja, igualmente tierna y llena de resignacion, resonó en el fondo de la América y en los continentes de la India. Clemente XIV ha destruido de una plumada su pasado y su porvenir, y ellos le obedecen sin quejarse. El breve *Dominus ac Redemptor* les reduce á la indignancia; mas esta ni altera su fe, ni amortigua su caridad. Al

llegar á la China la primera noticia de la destrucción de la Orden, el P. Hallerstein, presidente del tribunal de matemáticas, y otros dos Jesuitas espiraron de dolor bajo el mismo golpe<sup>1</sup>, bien así como muere el soldado que no quiere desertar su bandera. Otros tuvieron el valor de su posición; y ese valor se nos presenta en todo su esplendor cuando examinamos las cartas autógrafas é inéditas dirigidas á Europa por los misioneros de la Compañía. Las hay admirables por sus pensamientos y estilo, y todas respiran esa elocuente emoción que distingue las del P. Bourgeois, superior de los Jesuitas franceses en Pekín, el cual el 15 de mayo de 1775 escribía al P. Duprez lo siguiente: «Querido amigo: No me atrevo en el día á abrir mi corazón, porque temo aumentar la sensibilidad del vuestro; así, pues, me contento con gemir delante de Dios. Este tierno Padre no se ofenderá de mis lágrimas, pues sabe que á mi pesar corren de mis ojos: la más completa resignación no puede secarlas. ¡Ah! si el mundo supiese lo que perdemos, lo que pierde la Religión con la extinción de la Compañía, compartiría nuestro dolor. No quiero, querido amigo, ni quejarme, ni ser compadecido. Haga la tierra lo que bien le parezca: yo espero la eternidad, la llamo, y creo que no está lejos. Estos climas y el pesar acortan unos días que han durado ya demasiado. Felices aquellos de los nuestros que se han reunido ya á los Ignacios, Javier, Luis de Gonzaga, y á esa multitud innumerable de Santos que marcha con ellos en pos del Cordero, bajo el estandarte del glorioso nombre de Jesús.— Vuestro muy humilde servidor y amigo.— FR. BOURGEOIS, *Jesuita.*»

Acompaña á esta carta la siguiente posdata:

«Querido amigo: Esta es la vez postrera que me es permitido firmar así: el breve está en camino y debe llegar muy pronto: *Dominus est.* Algo es haber sido Jesuita uno ó dos años más. — Pekín, 25 de mayo de 1775.»

Diez y ocho meses después, y cuando ya todo queda consumado, una carta del hermano coadjutor José Panzi revela las resoluciones que han tomado los Jesuitas y el género de vida que han adoptado. Este hermano, que era pintor, escribía en los días 6 y 11 de noviembre de 1776:

«Estamos reunidos todavía en esta misión: la bula de extinción

<sup>1</sup> *Historia de las matemáticas*, por Montucla, parte II, lib. IV, pág. 471.

«ha sido notificada á los misioneros, los cuales sin embargo no tienen más que una casa, un mismo techo y una mesa común. «Predican, confiesan y bautizan; tienen la administración de sus bienes, y llenan todos los deberes como antes, pues no les ha sido prohibido ninguno, porque no se podía obrar de otro modo en un país como éste; y sin embargo, nada se ha hecho sin permiso de monseñor el obispo, que es el de Nankin. Si se hubiese obrado aquí como en algunos puntos de Europa, hubiera dejado de existir nuestra misión y nuestra Religión con grave escándalo de los cristianos de la China, á cuyas necesidades no se había atendido, y que hubieran abandonado quizás la fe católica.»

«Nuestra santa misión, á Dios gracias, prospera bastante, y está en la actualidad muy tranquila. El número de los cristianos aumenta de cada día. Los PP. Dollieres y Cibot tienen reputación de Santos, y lo son en efecto. El primero es el que conserva la devoción al sagrado Corazón de Jesús en el estado más floreciente y edificante. Este mismo misionero ha convertido casi toda una nación que habita las montañas á dos jornadas de Pekín. Me he encontrado allí todas las veces que aquellos buenos chinos dejaban este Padre, á quien habían pedido el Bautismo. He observado en ellos las mismas actitudes y expresiones de cabeza que nuestros más célebres pintores han sabido dar ó copiar tan perfectamente en los cuadros de la predicación de nuestra santa fe por san Francisco Javier. Aquí es donde mejor se puede conocer cuán grande es la gracia que Dios nos ha dispensado haciendo que naciósemos en un país cristiano.»

«En cuanto se puede juzgar humanamente de nuestro digno Emperador, parece que está muy distante aun de abrazar nuestra santa religión católica; y ni siquiera hay motivo alguno para esperarlo, si bien la protege en sus Estados: lo mismo puede decirse de los demás grandes del imperio. ¡Ay! ¡cuántas vastísimas comarcas hay en este universo donde no ha llegado todavía el conocimiento de Dios! Continúo todavía pintando, y soy el pintor ó siervo por el amor de Dios de la misión francesa. Me glorío de serlo por su puro amor, y estoy firmemente resuelto á morir en esta misión cuando Dios quiera.»

No habiendo sido posible proscribir á los Jesuitas de la China, se les secularizó. Aceptaron la dura ley que se les imponía, pero

no por eso abandonaron sus trabajos apostólicos ó científicos. Según Langlés, sabio académico francés<sup>1</sup>; el P. Amiot brillaba en la literatura de los chinos y de los tártaros-mantchuas. El Padre José de Espinha ejercía en nombre del Emperador las funciones de presidente del tribunal de astronomía, y el obispo de Macao le nombraba administrador del obispado de Pekin. Felix de Rocha presidía con Andrés Rodríguez el tribunal de las matemáticas. El P. Sichelbarth reemplazaba á Castiglione en el cargo de primer pintor del Emperador, y otros Jesuitas diseminados en las provincias evangelizaban los pueblos bajo la autoridad del Ordinario.

Este estado de cosas subsistió largo tiempo de esta manera, y el 15 de noviembre de 1783 el P. Bourgeois escribía al P. Duprez: «Se ha dado nuestra mision á los Lazaristas. Debían venir ya el año pasado; ¿vendrán en este? Dios lo quiera: nosotros no lo sabemos todavía. Son gentes de bien, y pueden estar seguros que haré todo lo posible para ayudarles y ponerles en camino. Tenemos un obispo portugués, llamado Alejandro de Govea. Es un religioso de san Francisco, del cual se habla muy bien. No dependerá seguramente de mí que no pacifique la mision.»

Cinco años después, el 7 de noviembre de 1788, el mismo Padre escribía á Beauregard, el orador cristiano de fines del siglo pasado. En su carta el superior de los Jesuitas en la China hace justicia á los Lazaristas que han ocupado su puesto en nombre del Gobierno. Esa abnegacion personal en presencia de las virtudes de un rival tiene ciertamente algo de religioso.

«Mi muy querido y antiguo cofrade, dice Bourgeois, continuad haciendo conocer y amar á nuestro buen Maestro, y manifestándoos siempre digno hijo de san Ignacio.

«Nuestros misioneros y sucesores son hombres de mérito, llenos de virtudes y talento, de celo, y de muy buena sociedad. Vivimos como hermanos; el Señor ha querido consolarnos de la

<sup>1</sup> Langlés siguió á lord Macartney en su famosa embajada, y tradujo el *Viaje de Holmes á la China*. En 1803 dedicó esta obra á aquel Jesuita que habia muerto en 1794. La dedicatoria está concebida en estos terminos: «Homage de veneracion, de pesar y de reconocimiento ofrecido á la memoria del R. P. Amiot, misionero apostólico en Pekin, corresposal de la academia de las Inscripciones y bellas Artes, sabio infatigable, profundamente versado en la historia de las ciencias, de las artes y de la lengua de los chinos, ardiente promotor del idioma y de la literatura tártara-mantchua.»

«pérdida de nuestra buena Madre, y lo estaríamos ya enteramente, si le fuese posible á un hijo de la Compañía el olvidarla. Este es un dardo que no puede arrancarse del corazon, y que exige nuevos actos de resignacion á cada instante.»

En otra carta habla del misionero que le reemplaza, y añade, haciendo el elogio de sus virtudes: «No se sabe si es él que vive como Jesuita, ó si nosotros vivimos como Lazaristas.»

Y no solamente se encuentran las huellas de esa obediencia hasta la muerte en la correspondencia íntima de los Padres, sino que se hallan pruebas de ella en todas partes; y cuando en 1777 la Santa Sede envia otros misioneros entre los Hindous para proseguir la obra de los Jesuitas, se renueva el mismo ejemplo. Los hijos de Loyola confiaban á otras manos la herencia de Francisco Javier, aumentada por dos siglos de trabajos y de martirios. «Temer, dice uno de esos nuevos misioneros<sup>1</sup>, por superior al Padre Mozac, anciano octogenario que habia encanecido en el ministerio apostólico que ejerciera por espacio de cuarenta años, el cual abdicó su cargo con la sencillez de un niño.»

En 15 de noviembre de 1774 pasó en Friburgo un hecho mas extraño todavía. Los Jesuitas proscritos por Clemente XIV quisieron rogar por él. En su consecuencia reunieron en su iglesia colegial á los habitantes de la ciudad, y el P. Matzell, que pronunciaba la oracion fúnebre del soberano Pontífice, exclamó en medio de la emocion general: «Amigos, queridos amigos de nuestra antigua Compañía, seais lo que fuéreis ó que pudiéreis ser, si alguna vez fuimos bastante dichosos para prestar algun servicio á los reinos ó á las ciudades; si en algo hemos contribuido al bien de la cristiandad, ya sea predicando la palabra de Dios, ya catequizando, instruyendo á la juventud, ora visitando los enfermos ó prisioneros, ora componiendo libros edificantes (aunque en nuestra situacion actual tengamos muchas otras gracias que pedir), os rogamos con las mas vivas instancias que evitéis toda queja amarga y poco respetuosa contra la memoria de Clemente XIV, jefe soberano de la Iglesia.»

Así pues, en ningun punto del globo, como se desprende de todos los testimonios, resistieron los Jesuitas á la arbitrariedad que les desterraba de sus misiones, y despojaba de sus bienes, y

<sup>1</sup> *Viaje al Indostan por Mr. Perrin*, parte II, cap. IV, pág. 174.

no maldijeron á la Santa Sede que los sacrificaba á una paz imposible. No lucharon con el poder temporal, y se sometieron con dolorosa resignacion al breve de Clemente XIV, sin que se les oyese protestar ni con una duda, ni con un murmullo, ni con un ultraje. Sigámosles ahora en su dispersion.

## CAPÍTULO XXXVII.

Confusion de ideas después de la extincion de los Jesuitas. — El cardenal Pacca y el protestante Leopoldo Ranke. — Situacion moral de la Compañía. — Los Santos y los Venerables. — Los PP. Wiltz, Cayron y Pepé. — El parlamento de Tolosa y el P. Sorane. — Las ciudades de Soleure y Tivoli erigen una estatua á dos Jesuitas. — María Teresa y el P. Delfini. — El P. Parhamer funda una casa para los huérfanos del ejército. — El P. de Matteis en Nápoles. — Los Jesuitas son elegidos por los obispos del Nuevo Mundo como visitadores de las diócesis. — Los Jesuitas en presencia de los misioneros sus sucesores. — Testimonios de Mr. Perrin. — Busson y Gibeau. — Los Jesuitas vuelven á Cayena bajo los auspicios del Papa y del rey de Francia. — Los Jesuitas predicadores en Europa. — El P. Duplessis y los obispos. — El P. Beauregard en Nuestra Señora de Paris. — Su profecía. — Cólera de los filósofos. — El jubileo en 1773. — Reaccion religiosa en el pueblo. — Los filósofos y los parlamentos hacen responsables de ella á los Jesuitas. — El Padre Nolhac en la nevera de Aviñon. — El P. Lanfant. — Los Jesuitas en las jornadas del 2 y 3 de noviembre de 1792. — Los Jesuitas españoles durante la peste de Andalucía. — Los Jesuitas obispos. — Los Jesuitas matemáticos, astrónomos y geómetras. — Sus misiones científicas. — Sus trabajos útiles. — Los Jesuitas al frente de los seminarios y de los colegios. — Los Jesuitas en el siglo. — Su educacion. — Boscovich es llamado á Paris. — Poczobut en Wilna. — Hell en Viena. — Liesganig en Lemberg. — El hermano Zabala, médico. — Eckel, numismático. — Requeno y el telégrafo. — El P. Lazari, examinador de los obispos. — Los Jesuitas proscritos y teólogos del Papa. — Los Jesuitas historiadores y filósofos. — Feller en Bélgica. — Zaccaria dirige los estudios de los nuncios apostólicos. — Los Jesuitas ascéticos. — Berthier y Brottier. — Freron y Geoffroy. — Los Jesuitas predicadores. — Miguel Denis y sus poesías alemanas. — Bercastel y Guerin du Rocher. — Ligny y Narusewicz. — Schwartz y Masdeu. — Jesuitas ilustres por su nacimiento.

Los Jesuitas habian dejado de existir como Congregacion religiosa. No es este el lugar de examinar si su abolicion, pedida en nombre de la fe, de la moral, de la educacion pública, de las franquicias de la Iglesia, y de la paz de las monarquías, ha hecho á los pueblos mas católicos, á los hombres mas virtuosos, á la juventud mas ardiente en el estudio que en el vicio, al Papa y á los obispos mas libres, á los príncipes mas felices en sus tronos, y si